

ros a pedir mi mano y una palabra mía ha valido un imperio. ¿Acaso tú puedes hablar de la felicidad si no conoces el amor?

—Ah, mi reina, que eso no es amor. Eso es egoísmo.

—Ello es que me proporciona ratos de felicidad.

—¡Felicidad!...—exclama el pastor con un dejo de tristeza compasiva.

—¿Puedes tú gozar de ella? ¿Has sentido al Amor llamar a las puertas de tu alma?

—Y como jamás a las sus puertas habrá llamado. Hasta mí han llegado, como bandada de cisnes, recién salidas del baño, las más puras zagalas y me han extasiado ante la desnuda belleza, sólo, abstraído, olvidado del mundo, entregado a la delectación sublime de sus cuerpos, como si delante de mis ojos sus figuras fuesen sobrenaturales. Y en la paz y soledad de este bosque, sin mas testigos que los árboles, ni otros murmuradores que los arroyos, sirviéndonos de lecho éstas flores reverberantes, he sentido cómo una boca ha abrasado mis labios, cómo unos brazos han pretendido estrangularme en un espasmo de pasión y mi cuerpo todo ebrio de placer se ha saturado de amor... De amor, si de un amor incomprensible para tí, pobre princesita, de un amor que tú nunca has sentido, porque este amor no ha llegado a tu palacio, y cuando llegar le fuera dado, tú mi reina, nunca hubieras podido gozar en todo su albedrio, porque en tus palacios habrá siempre atrevidos ojos, lenguas de víboras y gentes inoportunas y... ¡ay! de la princesa, que deje su alma en plena libertad y quiera gozar en su reino como en el mío se goza! Le fuera mejor dejarse tragar por el mar. Porque nada hay tan hermoso como la libertad que se disfruta en estas selvas, con esta vida tan llena de encantos, donde hasta las flores hablan del amor; donde los pájaros alegran los aires con sus gorgeantes trinos: donde los árboles se abrazan en una no comprendida unión de sus almas... Oh, mi reina; princesita sin ventura; mariposa perdida en los dominios de la misma Felicidad. Ven a mí que yo te haré saber el misterio de las cosas. Tu alma se holgará en la delectación de las suntuosidades de mi morada y escuchará el divino concierto de la naturaleza en su celo. Bajo los cactus de los nopales y entre coronas de adelfas, sentirás todo aquello que murmuran arroyos, arbustos de los collados, pies de las golondrinas, arrullo de las palomas, balidos de los corderos, esquilas de los ganados, melodías de las zampoñas y ecos de las albardas...

—Oh, pastorcillo!...—solo pudo exclamar la reina, absorvida en las palabras del zagal.

El pastor tomando su zampoña arrancóle una serie de sonidos tan dulces que en la noche callada, era su música como suspiros de ruiseñor.

Y ante la completa absorción de la princesa, comenzó un canto muy quedo, muy quedo...

«Yo só una caseta—que n'es branca, branca,
con un floch de neu;
le riu rodolante—sas onas de plata
rellisca a son peu».

—¡Pastor mío!... ¡Príncipe de mi alma! Tus palabras me han hecho enloquecer. Me has hablado como nunca oí a nadie. Mi corazón es tuyo. ¡¡Te quiero!!!...

Y la noche fué testigo de una comunión de almas.

La luna ocultóse, dejando el paisaje en sombras....

A lo lejos una voz, resuena, como un aye lastimoso. Dijérase que venía de los cielos. Aunque la distancia la debilita, el silencio deja comprenderla.

Los amantes escuchan atentos.

—¡...iaaaa!...

Más tarde... ¡...oriaaaa!...

Poco a poco la voz se acerca...

—¡Doriaaaa!...

—¡Bien mío!... No me abandones—suplicó él.

—¡Imposible!... ¡Me encontrarán!... ¡Ah, Dios mío!... ¿porqué seré reina?

Sus cuerpos se crisparon en una violenta sacudida... Se unieron sus bocas...

—¡Doriaaaa!...

—¡Adios, mi bien!...—gime la pastora.

—¡Quédate!... ¡Quédate! amor mío...

—¡No!... Me encontrarán...

—¡No!...

—¡Sí!... Déjame... No te olvidaré nunca...

—No te vayas... Deja que mis labios sientan la caricia de los tuyos... Ven... ¡¡Así!!...

La voz sonaba muy cerca...

—¡Doriaaaa!... ¡Doriaaaa!...

El zagal exclama:

—¡Escondámonos!... Ven...

Y cogidos de la mano se ocultan en el hueco que el tronco de un árbol les ofrece.

Todo era silencio... Se diría dormida la noche...

Mas como todo suena por que todo es armonía, oía-se el latir de dos corazones y el palpitar de unas venas.

Los amantes desde su escondrijo vieron unas sombras que se acercaban; las sombras de la noche no permitían distinguir las caras de los buscadores.

Estos eran hasta treinta hombres, aderezados con armas. En la obscuridad, las espadas diríanse de cristal.

En el claro del bosque que sirvió de tálamo mupcial a la princesa Doria, los hombres hicieron un descanso.

Silenciosamente quedaron recostados en los árboles. En el que estaban escondidos los amantes se recostó un hombre tambien.

Tras una angustiosa pausa el que descansaba en este árbol, dió una gran voz que las ondas condujeron en una suave vibración. El eco respondía como burlándose.

—¡¡DORIAAAA!!!...

A punto estuvo esta de dar un grito al reconocer en aquella voz a su padre. El pastor sujetóla fuertemente.

Sin hablar palabra, luego pusiéronse en marcha los buscadores y como figuras de película se internaron en la entraña del bosque.

El pastor y la princesa salieron de su escondite, donde ésta aún permaneciera si tardara más en salir, y sin hablar palabra se sentaron en el césped.

De trecho en trecho, la voz resonaba en el espacio, cada vez más lejos... ¡Doriaaaa!...

Más tarde... ¡...Oriaaaa!...

Luego... ¡...iaaaa!...

Después... Nada.

El cielo empezó a clarear por oriente. Un aircillo sutil balanceaba las crestas de los árboles. La Naturaleza desperezábase, comenzando su cotidiano concierto.

Las estrellas se recogieron y las aves y los insectos, los arroyos y las fuentes, saludaban al nuevo día.

Ante aquella desbordación de júbilo, el alma se siente invadida de una inefable dicha espiritual y en ella se refleja, como el paisaje en el cristal de un lago, toda la felicidad que emana como un efluvio divino de la grandiosa obra del Todopoderoso.

Confundida con el armónico concierto de Natura, una música dulce, lánguida, va glosando esta canción:

«Yo sé una caseta—que n'es branca, branca
com un floch de neu
le riu rodolante—sas onas de plata
rellisca a son peu.

Dibujos de Moratalla.

BENIGNO ALONSO.